



CAPÍTULO 9

Agresión y destructividad

JORGE SILVA GARCÍA

ENFRENTAMOS UNA ÉPOCA MUY CRÍTICA: al perder la URSS la guerra fría, desmantelar su poderío militar y fragmentarse geopolíticamente en numerosos pequeños estados, algunos independientes y viables, desapareció como el contrapeso de Estados Unidos, que ahora se alza como el único gigante hegemónico, agresor, con la fuerza militar más avanzada tecnológicamente, ante aquellos ejércitos que han vencido en terrenos no propicios para las guerrillas: no deben olvidarse las lecciones de Corea del Norte y Vietnam.

Sobrevienen los terribles y trágicos sucesos del 11 de septiembre de 2001 y desaparece la idea de los dos océanos como barreras defensoras que impedían los ataques por sorpresa; resulta evidente la vulnerabilidad de Estados Unidos, con el intenso miedo resultante y el ineludible sobresalto. Saben ahora que los ataques terroristas ocurren siempre sin aviso previo, con muchos medios y métodos ofensivos sorprendidos, letales para el agredido y poco costosos para el agresor. Los signos y síntomas del miedo no se han hecho esperar; son evidentes a pesar de los abundantes y extensos mecanismos de negación tan frecuentes en estos casos. Resulta comprensible la sensación de desvalidez, de impotencia y temor que por un lado motivan las dos guerras irracionales y genocidas recientes, sin duda estimulada una de ellas por la ambición del petróleo de Irak para unos cuantos en el poder, frente a la abierta oposición mundial de propios y extraños. Por otro lado surge la nueva *idolatría*, el nuevo *ídolo* investido de una falsa omnipotencia, que promete regresar la supuesta invencibilidad, instaurar la *pax americana* para un nuevo milenio y que los



ultrajes recibidos serán vengados. Es probable que se inicie una era que pretenderá ser un nuevo imperio, pero en realidad se desatará una serie interminable de guerrillas urbanas y de guerras con su altísimo costo en vidas, sufrimientos humanos y destrucción.

Considero pertinente tocar en este momento ideas que Fromm definió y precisó:

El empleo equívoco que se ha venido haciendo de la palabra *agresión* ha ocasionado una gran confusión en la abundante literatura sobre este tema [...]. Esta confusión se debe tal vez a la influencia del pensamiento [...] conductista en la psicología y la psiquiatría. Si se califica de *agresión* a todo acto nocivo —o sea, a todos los que tienen por efecto el daño o la destrucción de un objeto inanimado, de una planta, un animal o un hombre—, entonces resulta natural que la calidad del impulso que mueve al acto nocivo importa muy poco. Si «los actos destinados a destruir, los destinados a proteger y los destinados a construir se designan con la misma palabra, entonces en verdad no hay esperanza de entender su causa». Debemos entender que *los actos antes descritos [...] no tienen una causa común porque son fenómenos enteramente diferentes* y nos hallamos ante una posición desesperada en la teoría si deseamos encontrar la causa común de la *agresión* [las cursivas son mías].

La licencia con que se utiliza el lenguaje, la falta de precisión de las palabras, sólo puede crear confusión y tal es el caso del sustantivo *agresión* como se emplea hoy en día. ¿No se advierte a un vendedor que debe ser *agresivo* cuando se quiere decir que debe mostrarse resuelto, convincente o decidido? ¿Acaso no es frecuente en publicidad hablar de una campaña *agresiva* cuando se quiere decir que debe ser impactante? Se usa el término *agresivo* cuando queremos decir que alguien es grosero en su conducta o en su comunicación, o para expresar que alguien se conduce con insolencia o es insultante.

Se comprende que un autor debe definir y aclarar el sentido de las palabras si desea construir una base teórica significativa. De ahí que Fromm señale:

En esta obra he empleado la palabra *agresión* (sola, a secas) para designar así la *agresión benigna*; pero designo como *destruictividad* y *crueledad* la propensión específicamente humana a destruir y al ansia de un control absoluto (*agresión maligna*). [Y más adelante agrega:] Debemos distinguir en el ser humano *dos tipos de agresión* enteramente diferentes. El primero lo comparte con todos los animales: es un impulso filogenéticamente programado para luchar (o huir) cuando están amenazados intereses que le son vitales. Esta *agresión benigna, defensiva*, está



al servicio de la supervivencia [...], es biológicamente adaptativa y cesa cuando cesa la amenaza. El otro tipo, la *agresión maligna*, es decir, la *crueledad* y la *destructividad*, es específicamente humana [...], virtualmente ausente en la mayoría de los mamíferos; no está programada filogenéticamente, no es biológicamente adaptativa [...] y su satisfacción resulta excitante, en el sentido de la lascivia.¹

De hecho, precisa Fromm, el sadismo, la crueldad y la destructividad son las únicas perversiones humanas.

Un problema frecuente en el hombre es que busca justificar lo que no tiene justificación alguna, y esta tendencia resulta un intento a veces desesperado por eludir la responsabilidad y el riesgo inherentes. ¿Debe asombrarnos que el hombre trate de justificar su sadismo, su crueldad y su destructividad? ¿Qué mejor justificación que aceptar con aparente mansedumbre que nos destruimos porque nos determina un instinto todopoderoso proveniente de nuestros ancestros animales? Ello nos alivia de encontrar soluciones racionales para la paz y la concordia, nos evita tener que discutir abierta y ampliamente las causas actuales del incremento del sadismo, la crueldad y la destructividad; ello nos exime, en fin, de vislumbrar la demagogia hipócrita y xenofóbica que se oculta tras la máscara que pretende representar ideales de libertad, solidaridad, honorabilidad. Pero un hecho es que el hombre pretenda justificarse con teorías instintivistas, y otro muy diferente es que lo justifiquemos. Lo mismo puede decirse acerca del neoconductismo de B. F. Skinner y su desdén hacia los sentimientos, afectos, intenciones y objetivos del hombre considerándolos precientíficos e inútiles. Si buscamos aquellos *reforzamientos* del neoconductismo, ¿tendríamos algún motivo válido para esforzarnos en buscar las raíces de la destructividad y los medios para hacer más humana nuestra sociedad? ¿En verdad el neoconductismo puede darnos la justicia social sin lo más racional del hombre, que resulta de la interacción continua entre lo intelectual y el amor a nosotros mismos y a nuestros semejantes, cuando Skinner rechaza toda la esfera afectiva?

Sabemos hoy que un factor que favorece el sadismo, la crueldad y la destrucción es el carácter del individuo, carácter definido por las

¹ Deseo aclarar que en algunas citas he variado algunas palabras de acuerdo con el texto original en inglés, por encontrar la traducción poco precisa. Por ejemplo, al hablar de la agresión maligna se dice que «su satisfacción es placentera», que he cambiado por «y su satisfacción resulta excitante, en el sentido de la lascivia», porque en inglés se usó el término *lustful* que en modo alguno puede traducirse como «placentera».



formas de socialización y de asimilación. Los caracteres que más se prestan a los actos que nos ocupan son el atesorador (carácter anal de Freud), el explotador (oral agresivo) y en último término el receptivo (oral pasivo). Sabemos, también, que el ser humano es el único animal que sabe que nació sin su voluntad y que está consciente de que va a morir irremediablemente, aunque no lo desee. Siendo un individuo, ente único, específico, concreto, percibe que debe esforzarse por ser él mismo y al mismo tiempo requiere ser con los otros. ¿Cómo lograrlo? Todo proceso de individuación nos confronta inexorablemente con la soledad absoluta de la propia responsabilidad y los riesgos que conlleva, y tememos la soledad al igual que tememos la libertad de ser un individuo único. Ese erguirnos y decir *yo soy yo* requiere que estemos dispuestos a independizarnos de nuestra madre y disolver todo lazo de dependencia con ella; debemos desprendernos también de los lazos de dependencia con la sangre y con la tierra y todo ello resulta angustiígeno y cargado de miedo. Como ser un individuo independiente resulta difícil, es preferible depender de alguien o de algo y vivir la fantasía ilusoria de considerarnos seres adultos y libres; por ello encontramos tantas y tantas razones para ceder nuestra libertad a la autoridad irracional de una dictadura, sea familiar o estatal.

Esos tres tipos de carácter tienen en común el miedo a la libertad y a la soledad, es por ello que el atesorador necesita acumular, coleccionar seres y cosas; no puede creer que existan nuevas o diferentes opciones; sólo cree en aquello que es de su propiedad, de ahí que se sienta con derecho a romper o destruir algo o a alguien antes que perder esa posesión que le da su razón de ser. Como la Bernarda Alba, de García Lorca.

El explotador arrebató lo que puede y, como necesita la presencia de seres y cosas, convierte al ser a quien necesita en *cosa* suya, en su cosa que tiene que retener. Lo vejara y humillara, lo atormentara pero nunca debe perderlo, puesto que se quedara muy solo, y teme quedarse solo. Cuando el hecho es irremediable o las presiones destructivas son perceptibles, tal vez se resuelva a destruir.

El receptivo se somete a alguien por miedo a quedarse solo; casi no habra vejación que no acepte ni humillación que no reciba, y se puede decir que estara dispuesto a acatar muchas ordenes contrarias a su forma de ser, con tal de no ser abandonado.

Cuando se conjugan las orientaciones negativas de estos tres tipos de carácter con corrientes necrófilas en el ámbito social, sobrevie-



ne la aparición de las tendencias de agresión maligna, destructiva; tal es el caso en las hordas de linchamiento cuando una masa humana se torna violenta y destructiva. Cuando predominan algunos rasgos positivos en estos tres tipos de carácter es posible que lleven a cabo actos sádicos *sin matar*, pero a costa de un violento conflicto interno evidenciado por angustia intensa y trastornos físicos concomitantes: el temblor de cuerpo, la sudoración profusa, el llanto o la risa incontrolables como evidencia de que el ser humano no puede ser llevado a la crueldad tan fácilmente ni sin consecuencias psicológicas ostensibles. Tal se desprende del análisis crítico de los *experimentos* neoconductistas de Stanley Milgram sobre la obediencia en la Universidad de Yale, y los de Zimbardo *et al.*, de un simulacro de prisión realizado en la Universidad de Stanford, California. Ambos experimentos demostraron, como hecho marginal, que no resulta tan fácil romper las convicciones ni las reservas morales de conciencia en los individuos, aun cuando son instigados al sadismo y a la crueldad por el prestigio de esas universidades y el peso de la *autoridad* utilizada en nombre de la ciencia. Sólo son posibles los actos sádicos propuestos cuando son propicias las orientaciones negativas del carácter.

Las evidencias arqueológicas de los centros de población neolíticos en Çatal Hüyük señalan la posibilidad de que los seres humanos vivan casi un milenio de paz sin evidencia alguna de sadismo, crueldad ni destructividad. Los indios zuñi de Norteamérica son otra evidencia de uno de tantos grupos sociales que no propician el florecimiento de la agresión maligna.

Las sociedades pueden estimular las opciones biófilas o necrófilas. Cuando los grupos en el poder son opresores y niegan o reprimen las tendencias biofílicas, siempre hay individuos o grupos que se esfuerzan por alcanzar la libertad y un medio en el que puedan desenvolverse con dignidad; evidencia de ello son las luchas libertarias de los pueblos, pasadas y presentes. En su inicio, el movimiento hippie llevó como estandarte el anhelo de libertad y fraternidad; las corrientes estudiantiles de 1968 declararon de manera explícita que las palabras de verdad soeces eran *napalm*, *bombas*... Estas expresiones de la juventud quedaron desvirtuadas al ser absorbidas por los sistemas comerciales, sociales y políticos.

Es indudable, como lo ha descrito con fina percepción Lewis Mumford, que la voluntad de destruir se desarrolla con mayor facilidad entre los cazadores de por sí dispuestos a matar, y que no en balde había una asociación íntima entre la cacería y la guerra; pero



en sustancia es la estructura de la sociedad, sus ideales y su modo de producción lo que propicia la paz o la guerra.

En sus dos primeros siglos de vida, tal vez tres, el cristianismo estimuló la paz, pero al convertirse en la religión oficial del Estado se comenzó a matar en nombre de Dios, y entonces los grupos contendientes decían que Dios estaba con cada uno de ellos. Hoy tal vez ya no se invoque a Dios, pero las grandes potencias invocan la libertad como justificación demagógica.

¿Qué es lo que ha propiciado lo que Lewis Mumford tan adecuadamente ha llamado *la moralidad de exterminio*? Sin duda, hay una íntima relación entre la enajenación del hombre y sus tendencias destructivas; como tampoco hay duda de que los sistemas socioeconómicos prevalecientes en todo el mundo propician la destructividad, las ansias de poder y de control. Bien dice Robert Heilbroner que la necesidad de trabajar por un salario (o una ganancia o ingreso, es igual) y no por la satisfacción, por el gusto de hacer lo que fabricamos con nuestro esfuerzo, ha enajenado al hombre no sólo del producto de su trabajo, sino que también lo ha enajenado de sí mismo. Al ir desapareciendo los dueños del capital como dirigentes simultáneos de sus fábricas e ir quedando éstas en manos de tecnócratas, aun los dueños tienen que pagar por los artículos que se producen en sus propiedades, para poder balancear los libros. Las necesidades del capitalismo (y la URSS no fue más que un ejemplo de capitalismo de Estado, donde hubo trabajo asalariado y evidencias de trabajo esclavo, forzado) transforman todo en valores conmensurables: lo mismo una obra de arte como algo tan subjetivo como un rato de alegría y esparcimiento. De ahí que Albert Kahn pueda hablar de tantos millones de muertos si se cuenta con media hora de aviso antes de que caigan bombas nucleares en Nueva York y tantos millones más, conforme se acorte el tiempo de aviso.

¿Cómo es posible contemplar tal locura científicamente? ¿Cómo, si no enajenado, se puede considerar la destrucción completa —para toda finalidad práctica— de la vida sobre nuestro planeta y de nuestra civilización actual? A principios de este siglo aún se debían buscar los móviles y la ganancia personal de un delito de sangre. Hoy, cualquiera puede morir por un acto de terrorismo, ser víctima de una crueldad sádica, ignominiosa, o ser asesinado porque sí, sin más motivación. Se ha hablado del arte por el arte; hoy, por desgracia, tenemos que hablar de la destrucción por la destrucción.

Las guerras y las matanzas insensatas a partir de la Segunda Gue-



rra Mundial son producto de la enajenación del hombre y del desarrollo tecnológico de sistemas masivos de destrucción, fácilmente accesibles. No sólo hay armas de destrucción masiva, también se han desarrollado armas sádicas que invalidan y dejan secuelas amargas y dolorosas: las minas terrestres que emasculan (hay algunas decenas de miles de veteranos de la Segunda Guerra Mundial emasculados); las bombas de fósforo blanco a las que se agregaron impermeabilizantes y adhesivos para que sólo arrancando el trozo con todo y carne dejen de quemar; las bombas de fragmentación con flechas minúsculas de plástico, invisibles a los rayos X, y ahora las bombas de neutrones, que matan a los seres vivos pero que permiten que las cosas perduren. ¿Quiénes pagan y promueven estas investigaciones? ¿Acaso no son sólo los poderosos? ¿Y pretenden los instintivistas que ello es una herencia genética maldita heredada de nuestra línea filogenética? ¿De los animales? ¿De aquellos animales incapaces de matar a los de su propia especie? ¿Es posible desconocer la influencia nociva del predominio absoluto de lo commensurable, en que todo puede ser calculado en cifras; del influjo enajenante del salario y la ganancia, y de la locura de fabricar lo que sea *tan sólo porque técnicamente es posible*?

Fromm cita a Wright, quien investigó «el número de batallas libradas por las principales potencias europeas» y la tabla comparativa muestra el aumento considerable de batallas que van de nueve entre los años 1480-1499 a 892 de 1900 a 1940. ¿Cuántas más, incluyendo la de la Segunda Guerra Mundial hasta la fecha? No hay duda de que el progreso tecnológico tiene que ver con el incremento del número de batallas y de los millones y millones de muertes. Poco a poco son más los civiles las víctimas muertas en las guerras, que los soldados. La última gran guerra demostró que no hay vencedores ni vencidos: todos salimos perdiendo porque los costos astronómicos y los enormes daños repercutieron sobre la economía mundial; se requirió la ayuda global para que la economía pudiera seguir funcionando. Cada vez son mayores las paradojas de las guerras modernas: «En los tratados internacionales que rigen el trato a los prisioneros de guerra, todas las potencias han convenido en prohibir a los gobiernos hacer propaganda política a sus prisioneros de guerra y ponerlos en contra de sus respectivos gobiernos». En resumidas cuentas —agrega la cita de Fromm—, «se ha convenido en que se tiene derecho a matar a los soldados del enemigo pero no el hacerlos desleales». La ironía de este convenio



no puede pasar inadvertida. En la misma página señala:

Para decirlo de un modo hiperbólico —refiriéndose a los factores que hacen posible que se sostenga una guerra y no las causas de las guerras—, la guerra es una rebelión indirecta contra la injusticia, la desigualdad y el aburrimiento que rigen la vida social en tiempos de paz, y no debe subestimarse el hecho de que mientras el soldado combate [...] no tiene que combatir contra los miembros de su propio grupo por el pan, los cuidados médicos, el techo, la vestimenta: todo eso se lo proporciona una suerte de sistema perversamente socializado [...]. *Si la vida civil proporcionara los elementos de aventura, solidaridad, igualdad e idealismo que se encuentran en tiempos de guerra, deducimos que será muy difícil hacer que la gente pelee [las cursivas son mías].*

No podemos más que estar de acuerdo con Fromm cuando señala: «Las guerras grandes de nuestros tiempos y la mayoría de las guerras entre los estados de la Antigüedad no se debieron a la agresión acumulada», como piensan los instintivistas, «sino a la agresión instrumental de las élites militar y política».

No puedo evitar pensar que el costo creciente, astronómico, que la tecnología continúa ocasionando con sus armamentos cada vez más sofisticados que requieren a su vez un personal y un mantenimiento altamente especializados, pueden llegar hacer incosteables las guerras convencionales. Pero luego hay que pensar: ¿nos traería ello la paz, o tan sólo serviría para adelantar el holocausto termonuclear? ¿No podrán los economistas encontrar un sistema de producción y de consumo diferentes de la economía de guerra (de consumo y desperdicio) prevaleciente? ¿Dejaremos algún día de producir lo que debe hacerse obsoleto a corto plazo? ¿Es esto resultado de la tecnología, de la economía, o de qué? Recuerdo que en años pasados, ciertas prendas de vestir se heredaban de padres a hijos y los muebles se hacían para durar. Hace tiempo se exhibió una película titulada *El hombre del traje blanco* que parodiaba esos usos. ¿En verdad es tan necesario el cambio continuo y periódico en modas? ¿En verdad es necesario que las fábricas trabajen todo el año en producir lo obsoleto a corto plazo? No resulta ni racional ni lógico, salvo si se trata de que unos cuantos acumulen dinero y poder. ¿En verdad no nos queda más remedio que estar encasillados por la publicidad?

El aburrimiento y el tedio son factores que también estimulan los impulsos sádicos y destructivos. No deja de ser curioso que los ejércitos cultiven el aburrimiento y el tedio: se ha visto a tropas dispues-



tas a lo que sea con tal de romper la monotonía y el aburrimiento del momento. En las escuelas se sabe que los niños toleran a lo sumo dos horas de estudio y después requieren el recreo para desahogarse en la expansión física, de lo contrario pueden agredirse en forma sádica unos a otros.

Ya se habló de las experiencias de Milgram, en Yale, y de Zimbardo *et al.*, en Stanford; esos experimentos mostraron que la *sumisión* indiscriminada o abyecta aun a una supuesta autoridad puede desencadenar el sadismo y la crueldad, *pero sólo en aquellos con rasgos de carácter predisponentes*. Esos experimentos también mostraron que *hay un grupo importante de aquellos que se niegan a obedecer ciegamente*. La ausencia de una objetividad auto y heterocrítica, la carencia de normas, convicciones y principios por miedo a la soledad y por miedo a la responsabilidad, ambas inherentes al proceso de individuación, nos pueden llevar a la sumisión y al servilismo dentro de las mencionadas estructuras de carácter. Como ya se dijo, un número significativo de los participantes en el experimento cuestionaron la pretendida autoridad de los encargados y desobedecieron las órdenes; en otros, numerosos, la rebelión fue interna y se manifestó por conflictos psíquicos de tal magnitud que hubo de suspenderse, en su caso, el proceso investigado; en otros, quedaron hondos sentimientos de culpa por obedecer y por *no haber desobedecido*.

¿Qué nos muestran estos datos? Representan una esperanza. Hay recursos en el ser humano que lo oponen al influjo de las *agresiones malignas*, en contra de lo que piensan los instintivistas. Estos recursos son a veces espontáneos, por la bondad genética heredada; otras veces son aprendidos en un hogar donde prevalecen el amor, la comprensión, la reflexión, o pueden adquirirse como un logro posterior. Bruno Bettelheim, citado por Fromm, mostró en prisioneros de los campos de concentración nazi con convicciones políticas, religiosas o éticas firmes, su capacidad de resistencia al influjo de estímulos a la agresión maligna.

Nuestro tiempo es un tiempo crítico y se ha vuelto más difícil no sólo por la prevaleciente moralidad de exterminio, sino además por el valor desmesurado que se ha otorgado al dinero. Antiguamente se decía *dime con quién andas y te diré quién eres*; hoy se dice *dime cuánto tienes y te diré quién eres*. El dinero da prestigio social y cubre cualquier deficiencia. Hoy también se mata y se destruye por dinero, y de ello son evidencia tantos gatilleros, asesinos a sueldo, secuestrados. Por dinero se promueve la destrucción de los valores éticos del hom-



bre, como lo demuestra el florecimiento de la industria de los estupefacientes, sin consideración alguna por la edad de los adictos. Como toda empresa, lo que interesa es vender más y ganar más. Tal es también el caso de la publicidad: destroza el idioma, hace un llamado a lo más espurio e irracional del ser humano, subvierte lo mejor de las costumbres y promueve el principio del placer y del goce de todo aquello que Freud designó impulsos polimorfo-perversos infantiles.

Se dice y se piensa que el ser humano vive en la sociedad que ha creado y que tiene el gobierno que merece; tales afirmaciones son engañosas, puesto que desconocen o pretenden desconocer un hecho del ser humano: somos el mamífero que nace más desvalido y que requiere más años para valerse por sí solo. Además, este periodo de incapacidad es el utilizado para transmitir los valores de la cultura, las normas sociales y familiares, tiempo que hemos prolongado de los diez, once o trece años de edad hasta los veinticuatro o veinticinco, cuando se termina una carrera universitaria. Con esta prolongación hay más tiempo para troquelar el estilo, los principios, las normas, así como la carencia de convicciones. Desde siempre son los menos los que van innovando, planteando los ideales y objetivos del humanismo a sociedades e individuos, pero nunca faltan los apologistas de lo peor.

Sabemos que el ser humano tiende a buscar explicaciones para todo aquello que no comprende, y justificaciones a lo que no tiene sentido; para nosotros esto se llama *racionalizar*, en contraste con el esfuerzo de objetivar mediante la reflexión, el empleo a fondo de nuestra razón, el empleo contrastante y normativo de nuestros afectos, todo ello dentro del marco de devoción, de amor a la vida y a lo vivo. La vida es un problema continuo y la inseguridad es su signo permanente: vivir la vida así significa aceptar como únicas seguridades el hecho de que hemos nacido y que un día moriremos, al igual que nuestros seres más queridos, lo que impone pautas de sufrimiento que podemos y debemos aceptar. Buda decía: «La vida impone cuatro hechos ineludibles: en ella hay dolor o sufrimiento, enfermedad, vejez y muerte; si aceptamos todo esto con valentía moral y amor, podemos dedicarnos a buscar la sabiduría, la alegría de vivir y aquellas nuevas soluciones que la vida siempre cambiante requiere».

Es cierto que las innovaciones sin sentido pueden llevarnos al caos, y también, que no podemos cambiar tan fácilmente la estructu-



ra de la sociedad. Lo cual no significa que no podamos pugnar por una sociedad más libre, en la que se expresen valores humanos de solidaridad y justicia social; en la que el hombre pueda crear una estructura económica donde, sin perder los beneficios indiscutibles de la industrialización, no vivamos enajenados del producto de nuestro trabajo ni sea necesaria la explotación del hombre por el hombre. Nadie dice que esto sea una tarea fácil, pero resulta imposible aceptar que el sistema económico, político y social creado por el hombre sea convertido casi en un destino implacable, inquestionable, o en un juicio divino que ni puede ni debe cambiarse.

En tanto no creamos impotentes para imponer un sello humanista a nuestra vida personal, como nada humano nos es ajeno, lo que le suceda a uno le puede suceder a otro; seguiremos aceptando con impotencia creciente un estado de cosas que nos deja insatisfechos, porque es entonces cuando puede surgir el peligro mayor de una Tercera Guerra Mundial, termonuclear. La ambición desmedida, el deseo de atesorar todas las riquezas, la envidia, la pérdida de la objetividad, así como el miedo y la impotencia, entre las mencionadas orientaciones negativas de carácter, desatan el sadismo, la crueldad y la destructividad.

Es oportuno terminar con la frase final de *Anatomía de la destructividad humana*:

La situación del género humano es demasiado seria actualmente para permitirnos escuchar a los demagogos —y menos a los demagogos que son atraídos por la destrucción—, ni siquiera a los dirigentes que sólo trabajan con el cerebro y que necesitan fortalecer su corazón. El pensamiento radical y crítico sólo dará frutos si se mezcla con la cualidad más preciosa que tiene el hombre: el amor a la vida.

Bibliografía

- AVRON, JERRY L. *et al.*, *University in revolt*, Londres, MacDonal, 1968.
FROMM, ERICH, *El miedo a la libertad*, Buenos Aires, Paidós, 1942.
———, *Anatomía de la destructividad humana*, México, Siglo XXI, 1975.
HEILBRONER, ROBERT L., «The demand for the supply side», *The New York Review of Books*, núm. 10, vol. XXVIII, pp. 37-41.



KAHN, ALBERT E., *The game of death*, Nueva York, Cameron and Kahn, 1953.

MUMFORD, LEWIS, «The morals of extermination», en Melman Seymour (comp.), *No place to hide*, Nueva York, Grove Press, 1962.

———, *The city in history*, Londres, Secker and Warburg, 1961.

———, *El mito de la máquina*, Buenos Aires, Emecé, 1969.